



EMMA COLT

CUATRO
DÍAS
CONTIGO

Después de ser testigo de un asesinato, Laura acepta regresar al lugar de los hechos con dos policías de incógnito para intentar localizar a los asesinos. Mientras no los detengan, su vida no podrá volver del todo a la normalidad. Lo que no podía imaginar era que el inspector Hugo Casas removería algo en su interior de manera explosiva.

Por su parte, Hugo tampoco esperaba que la joven a la que debe proteger despertara en él una pasión que no ha sentido nunca.

El problema: los dos están comprometidos y a punto de casarse con otras personas. Por lo tanto, a pesar de las chispas que saltan entre ellos, ambos niegan sus sentimientos. Pero cuando el caso se complica de manera inesperada, se verán obligados a enfrentarse a lo que sienten.

Índice de contenido

Cubierta

Cuatro días contigo

Dedicatoria

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Siempre para H.

Agradecimientos

En primer lugar quiero darte las gracias a ti, lectora o lector, por confiar en esta novela. Espero que te guste tanto como yo he disfrutado escribirla.

En segundo lugar, no tengo suficientes palabras de agradecimiento para H., el cómplice que me animó a iniciar este proyecto a pesar de todas las dificultades. Sin ti, esto no habría salido adelante.

1

—Lidia, no puedes hacerme esto.

—Por favor. Te prometo que te lo compensaré —gritó Lidia por encima de la música a todo volumen, mirándola con ojos implorantes.

Laura resopló y se fijó en el rubio que esperaba un par de metros más allá, mirando el trasero de su amiga con ojos hambrientos. Lidia se le acercó para hablarle al oído.

—¿Sabes el tiempo que hace que no ligo? ¿Y además con un bombón así?

Laura resopló otra vez. Claro que lo sabía. Lidia había expresado su disgusto sobre ese aspecto de su vida como mínimo una vez al día de los últimos dieciocho meses. En circunstancias normales se habría alegrado mucho por ella, sobre todo si el afortunado parecía haber salido del calendario solidario «Los bomberos más sexys», pero ese día no.

—¡Hemos venido aquí a celebrar mi despedida de soltera! —se quejó.

Lidia no puso los ojos en blanco, pero casi.

—Cariño, no te lo tomes mal, pero esto de despedida de soltera no tiene nada.

—Ya te dije que no me apetecía pasar una noche entera con una polla de goma en la cabeza dando vueltas por toda la ciudad.

—Y yo te dije...

—No quiero volver a entrar en esa conversación —la cortó Laura.

Lidia suspiró y volvió a dedicarle una mirada suplicante.

—Laura, todavía estaremos en Porta tres días más. Solo te abandono esta noche... bueno, y mañana por la mañana no cuentas conmigo, pero después de la hora de comer seré toda tuya otra vez. Iremos a la playa, volveremos a salir de fiesta y comeremos hasta que reventemos. Te lo prometo.

Laura sabía que no valía la pena insistir y tampoco le apetecía enfadarse. Ahora fue ella la que suspiró.

—Vale —dijo, y añadió con una sonrisa pícara—: Pero dale a ese un mordisco en el trasero de mi parte.

—Oh, lo haré, créeme.

—No lo dudo —rio Laura—. Me voy al hotel.

Se despidieron con un pequeño abrazo y Laura empezó la difícil tarea de abrirse camino entre la multitud que había esa noche en la discoteca, en dirección a la puerta.

Una vez en la calle, cuando el calor húmedo de las noches de julio la abrazó, se dio cuenta de que no había podido evitar enfadarse un poco con Lidia. Y no era por haberle dado plantón cuando se suponía que iban a pasar cinco días ellas solas, sin hombres, para celebrar que Laura se iba a casar, sino por esas palabras que su amiga había estado a punto de pronunciar. Otra vez.

Lidia era su mejor amiga, y una de las cosas que más apreciaba en ella era que no tenía pelos en la lengua. Ninguna de las dos los tenían. Siempre había agradecido la sincera opinión de Lidia sobre cualquier asunto, excepto cuando el asunto era su boda.

Lidia opinaba que si Laura no quería celebrar una despedida de soltera como Dios manda, con todas sus amigas, era porque en el fondo no quería casarse con Javi. Laura había intentado convencerla por activa y por pasiva de que nunca le habían gustado esas celebraciones. Sí, había participado en varias, pero porque a sus amigas les hacía ilusión. Pero que fuera la suya ya era otra cosa. Sin embargo,

Lidia no se había dejado convencer. Es más, su comentario siempre era el mismo:

—Ahora piensas eso porque ya se te está pegando la sosería de tu novio. Admítelo, Laura, Javi es un sosainas. O bien te acabarás aburriendo de él o te acabarás convirtiendo en una sosainas como él. Y eso me daría mucha pena. Además, solo tienes veinticinco años, eres muy joven para casarte.

Cada vez que Lidia decía eso, a Laura le dolía, porque Javi era un buen hombre, tranquilo y atento. Encontrarlo fue un regalo caído del cielo después de la horrible relación con Rafa. Con Rafa todo habían sido discusiones y lloros, una crisis detrás de otra. Con Javi todo era tranquilidad y respeto mutuo. No discutían, todo se hablaba pacíficamente.

El ruido de un coche avanzando demasiado rápido la sacó de sus pensamientos. Ni siquiera se había dado cuenta de que ya había abandonado la amplia calle donde se encontraba la discoteca y había empezado a callejear por Porta en dirección al hotel.

Los únicos presentes en la calle eran ella misma, un hombre que caminaba hacia ella y que solo se encontraba a unos veinte metros, y el coche que avanzaba hacia ellos a toda velocidad.

Cuando el vehículo se detuvo bruscamente a la altura del hombre, este también se detuvo. Laura lo imitó. Un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo y el corazón empezó a latirle con fuerza. Ahí estaba pasando algo raro.

A partir de ese momento, fue como si todo sucediera a cámara lenta.

Las puertas del conductor y el copiloto del coche se abrieron y bajaron dos hombres. El conductor tendría unos cuarenta y cinco años y llevaba el cabello negro peinado hacia atrás. Debía de llevar una buena capa de gomina, porque incluso en esa calle mal iluminada le brillaba. Pero lo que más le llamaba la atención fue el rostro del hombre.

Lo tenía extrañamente hinchado, como si hubiera recibido muchos golpes. Había algo en su expresión y su cuerpo alto y robusto que le provocó un rechazo inmediato. Era amenazador.

El otro hombre no debía de llegar a los treinta y era menudo. A pesar de ser claramente musculoso, parecía poca cosa. Sin embargo, su expresión era una continua mueca de desprecio, como si odiara el mundo. No había duda de que era peligroso.

«Son el Gordo y el Flaco», pensó Laura, extrañada. Ya los había visto antes. Concretamente, en la discoteca de la que acababa de salir. La noche anterior. No tenía ninguna duda al respecto. Se había fijado en ellos porque llamaban la atención, formaban una peculiar pareja que no encajaba en el ambiente del local.

Enseguida se dio cuenta de que no era el momento de perder el tiempo con ese tipo de pensamientos, porque el conductor, el Gordo, se había detenido y estaba escudriñando la calle. Laura se tensó, horrorizada. Estaban a punto de descubrirla, y no había que ser una lumbrera para saber que eso no iba a ser bueno para ella.

«Corre», se dijo a sí misma.

Pero se había quedado petrificada.

«¡Muévete!», se gritó.

Ahora sí, reaccionó. Pero no echó a correr, aunque era lo que una parte de su cerebro, la que estaba dominada por el pánico, le pedía a gritos. La otra parte del cerebro le decía que si echaba a correr la descubrirían seguro. Tenía más posibilidades de pasar desapercibida si aprovechaba las sombras de la calle para esconderse.

Dio unos pasos hacia atrás con mucha cautela. Recordaba haberse detenido al lado del portal mal iluminado de un edificio.

Una sombra negra la engulló justo cuando el Gordo posó los ojos en el portal... y siguió escudriñando la calle.

No la había visto.

Fue en ese momento que Laura se dio cuenta de que todo parecía estar sucediendo a cámara lenta, porque cuando apartó los ojos del Gordo para ver qué estaba haciendo el copiloto, el Flaco, descubrió que apenas se había alejado del coche.

Se estaba abalanzando hacia el hombre que caminaba por la calle, que empezó a retroceder mientras buscaba algo en el bolsillo trasero del pantalón. Poco más pudo hacer, porque el Flaco enseguida estuvo encima suyo y le empujó tan salvajemente que cayó al suelo. Después, le propinó una patada en la cara. El hombre gimió y, aunque no perdió el sentido, quedó aturdido.

El Gordo se acercó a él.

Llevaba una navaja en la mano.

Laura se cubrió la boca con la mano para no gritar. No tenía ninguna duda de qué iba a suceder a continuación.

El Gordo se agachó sobre el hombre aturdido y le clavó la navaja en el corazón.

Entonces todo fue silencio.

El hombre quedó tendido en el suelo, inmóvil. El Gordo y el Flaco lo observaron unos segundos, hasta que parecieron satisfechos. Sin perder más tiempo, regresaron al coche. Antes de subir, escudriñaron la calle una última vez para asegurarse de que nadie los había visto. Laura se aplastó contra la puerta del edificio. Ni siquiera se atrevía a respirar.

Al fin, subieron al coche y se alejaron enseguida. Ni siquiera habían apagado el motor.

Laura tardó largos segundos en moverse. Sabía que debía ir a socorrer al hombre que había quedado tendido en el suelo, aunque en el fondo también sabía que ya no podría hacer nada por él. Quizá por eso no se atrevía a moverse. Por eso y porque temía que el Gordo y el Flaco regresaran.

Al cabo de un minuto, fue capaz de abrir su pequeño bolso y sacar el móvil para llamar a emergencias.

Otro minuto después, reunió el valor suficiente para acercarse al hombre que seguía tendido en el suelo.

—Ay, madre —murmuró.

Estaba muerto.

Acababa de ser testigo de un asesinato.

Laura no comprendía por qué no se ponía histérica. Sería lo normal, ¿no? En realidad, incluso sería razonable. También sería razonable y adecuado sentirse mal por el pobre hombre al que habían arrebatado la vida en cuestión de segundos.

Pero quizá Laura era una mala persona o se trataba de algún mecanismo de defensa de su cerebro, porque solo podía pensar en que estaba celebrando su despedida de soltera y era muy, pero muy mal momento para ser testigo de un asesinato. Porque algo así no solo le estropeaba las merecidas vacaciones, sino que podía cambiarle la vida. Al menos durante una temporada.

En esos momentos, Laura no podía imaginarse hasta qué punto esa noche iba a cambiar su vida. Y es que esa vida perfectamente ordenada y alejada del caos que había construido al lado de Javi, estaba a punto de irse al garete.

2

Llevaba un rato esperando en la sala de reuniones de la comisaría.

Habían pasado cuatro días desde esa noche. Desde entonces, Laura tenía la sensación de estar viviendo en una nube de irrealidad.

Después del asesinato, la habían llevado a comisaría, donde había hecho declaración de lo sucedido y había ayudado a confeccionar los retratos robots del Gordo y el Flaco. De por sí ya era una situación muy excepcional. Pero es que después no la habían dejado regresar a casa, por su propia seguridad. No le habían dado demasiados detalles, pero aunque todos parecían estar de acuerdo en que los asesinos no la habían visto, por algún motivo la policía temía que pudieran identificarla de alguna manera e ir tras ella.

Es decir, borrarla del mapa. Eliminarla de la ecuación. *Sayonara, baby.*

Asesinarla.

Así que llevaba cuatro días encerrada en una habitación de hotel vigilada las veinticuatro horas del día por seis policías que hacían turnos, que apenas le dirigían la palabra y que no sabían decirle cuánto tiempo más podía alargarse esa situación. Al parecer estaban intentando identificar al Gordo y el Flaco, pero estaba claro que de momento no habían tenido mucho éxito.

Ni siquiera podía hablar demasiado por teléfono. Tan solo le permitían hablar con sus padres, Javi y Lidia una vez al día y durante diez minutos para asegurarse de que no se le escapaba sin querer ningún detalle sobre su paradero. Las charlas con sus padres y Javi la ayudaban a entretenerse e incluso a animarse un poco, pero Lidia se pasaba los diez minutos, es decir, seiscientos eternos segundos, disculpándose por haberla abandonado esa fatídica noche.

Y ahora, encima, le habían hecho una propuesta que solo podía clasificarse de locura pero que había aceptado como si fuera lo más normal del mundo: regresar a Porta acompañada de dos policías de incógnito. Fingirían ser tres amigos que pasaban algunas noches allí y regresarían a la discoteca con la esperanza de que Laura viera e identificara a los hombres de nuevo.

Así que ahí estaba, esperando a sus dos guardaespaldas particulares, con la sensación de estar viendo una película en vez de estar viviendo su propia vida. En la vida real la gente no presenciaba asesinatos en una calle oscura a las dos de la madrugada. Ni pasaba encerrada cuatro días en una habitación de hotel vigilada las veinticuatro horas del día. Ni se iba con dos policías de incógnito a identificar asesinos.

En otras circunstancias, esta última parte le habría resultado graciosa. Había ido a Porta con Lidia para celebrar su inminente boda, que ya había sido pospuesta, por cierto, pero cuatro días después se había convertido en una espía. Fuentes, Laura Fuentes, muñeco. Desde Porta con amor. Vamos, de ahí podría irse a correr aventuras con Tom Cruise en *Misión: Imposible*.

Sí, era para partirse de risa.

La puerta se abrió y el Comisario entró, seguido de dos hombres.

—Señorita Fuentes, disculpe la espera —dijo el Comisario—. Estos son el inspector Casas y el subinspector Romero. Ellos la acompañarán y protegerán en Porta.

Laura primero vio al subinspector Romero y pensó que para la misión ultra secreta que tenían entre manos podía estar tranquila. El tío era un armario. Era alto, se notaba que iba al gimnasio y tenía las espaldas, los pectorales y los músculos de los brazos bastante desarrollados. Tenía el cabello negro, unos grandes ojos de color gris, unos rasgos increíblemente atractivos y una sonrisa arrebatadora y pícarra. Laura le devolvió la sonrisa, divertida. A ese tipo solo le faltaba llevar la palabra «rompecorazones» estampada en la frente, se le veía a la legua.

El subinspector Romero le tendió la mano.

—Un placer, señorita Fuentes —dijo.

Laura se la estrechó sin dejar de sonreír y se giró para observar al inspector Casas. En cuanto posó los ojos en él, la atravesó una especie de descarga y el corazón le dio un vuelco. Raro.

El inspector Casas era solo un poco más alto que ella, ancho de espaldas sin ser un cachas y estaba bien proporcionado. Y era atlético. Y tenía el cabello de un color castaño casi rubio que en verano tenía que coger un tono adorable. Y los ojos de color verde y profundos como el océano. Y los labios tan carnosos que apetecía mordisquearlos. Era un bombón. Tenía que ser agradable acurrucarse entre esos brazos.

Vale, ¿de dónde demonios habían salido todos esos pensamientos?

Laura carraspeó, incómoda y desconcertada, y se dio cuenta de que el inspector Casas la estaba observando con el ceño levemente fruncido y un destello en la mirada que no supo interpretar. Él no le tendió la mano, sino que se limitó a hacerle un gesto con la cabeza.

—Hola —dijo Laura, agradeciendo no tener que darle la mano.

Con esas sensaciones y pensamientos tan raros que acababan de sacudirla, casi que prefería no tocar al inspector Casas.